

Secuencia de Pascua



Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta.

-¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?
-A mi Señor glorioso, la tumba abandonada,

los ángeles testigos, sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.

Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa. Amén

LLEVABAN A LOS NIÑOS A UN COLEGIO CATÓLICO

Toda una familia musulmana se bautizará en Pascua



Como sucede cada año en la Vigilia Pascual miles de adultos son bautizados y pasan a formar parte de la Iglesia Católica. Pero también existen casos como el de la familia Patel, que será bautizada en pleno el día en que se celebra la Resurrección de Cristo, gracias principalmente al impulso de sus hijos, lo que finalmente ha llevado a los padres a un camino de fe, pese a haber sido criados como musulmanes.

Sameer y Zeena decidieron que la escuela católica The Heights School en Potomac (Maryland) era la mejor a la que podían asistir sus hijos Zayd, Rayn y Raif. Lo que nunca podían imaginar es que fuera el hijo mayor con sólo 12 años el que acabara tirando de la familia para descubrir la fe. Y ahora todos juntos se preparan para recibir el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, excepto el pequeño que por su edad sólo será bautizado.

La madre de esta familia cuenta que todo comenzó cuando "un día nuestro hijo mayor dijo: 'voy a misa todos los días (en la escuela), ¿te gustaría acompañarme?' Zeena confiesa que tras la sorpresa de escuchar estas palabras de su hijo tuvo una "sensación de alivio" porque ella misma sentía esta inquietud pero "nunca había tenido el coraje para comenzar este camino para mí y mi familia". Además, recuerda que tanto ella como su esposo fueron criados como musulmanes aunque asistieron a escuelas católicas durante muchos años. Debido a su propia experiencia, querían un tipo de educación así para sus hijos, aunque no esperaban que sus propios hijos les pidieran el bautismo.

"Nos encontrábamos realmente buscando algo donde nuestros hijos pudieran aprender a amar a Dios", dice ella. Y en esta escuela experimentaron que "la comunidad fue muy acogedora sabiendo muy bien que estábamos en este viaje que no podíamos definir". Esta inquietud provenía en parte de sus amigos católicos y del hecho de que parte de las personas más influyentes en sus vidas eran católicos coherentes.

Sameer Patel, el padre de esta familia, tiene sus orígenes en la India aunque creció en el estado de Nueva York, asistiendo a una escuela primaria católica. Su padre era hindú y su madre musulmana. Por su parte, los padres de Zeena son ambos musulmanes provenientes de Sri Lanka. Nació y creció en Maryland donde asistió igualmente a escuelas católicas. "Ví una forma diferente de adorar a Dios", asegura ella. Y pese a no ser católica acudía a misa en la escuela y las clases de Religión con el resto de sus compañeros. "El perdón y la esperanza eran aspectos presentes en mis amigos", afirma esta madre.

Los padres confiesan que están siendo inspirados por la fe de sus propios hijos, que la han recibido en esta misma escuela. "Los veo guiándome tanto como yo los guío", afirma su padre. Precisamente, sus hijos tienen muy claras las cosas. Zayd, hermano mayor de la familia, asegura que ha encontrado "un nuevo propósito por el que hago las cosas. Ya no es para mí. Lo estoy ofreciendo para Dios. Quiero seguir aprendiendo sobre la fe. Siento que esto es un comienzo", añade.

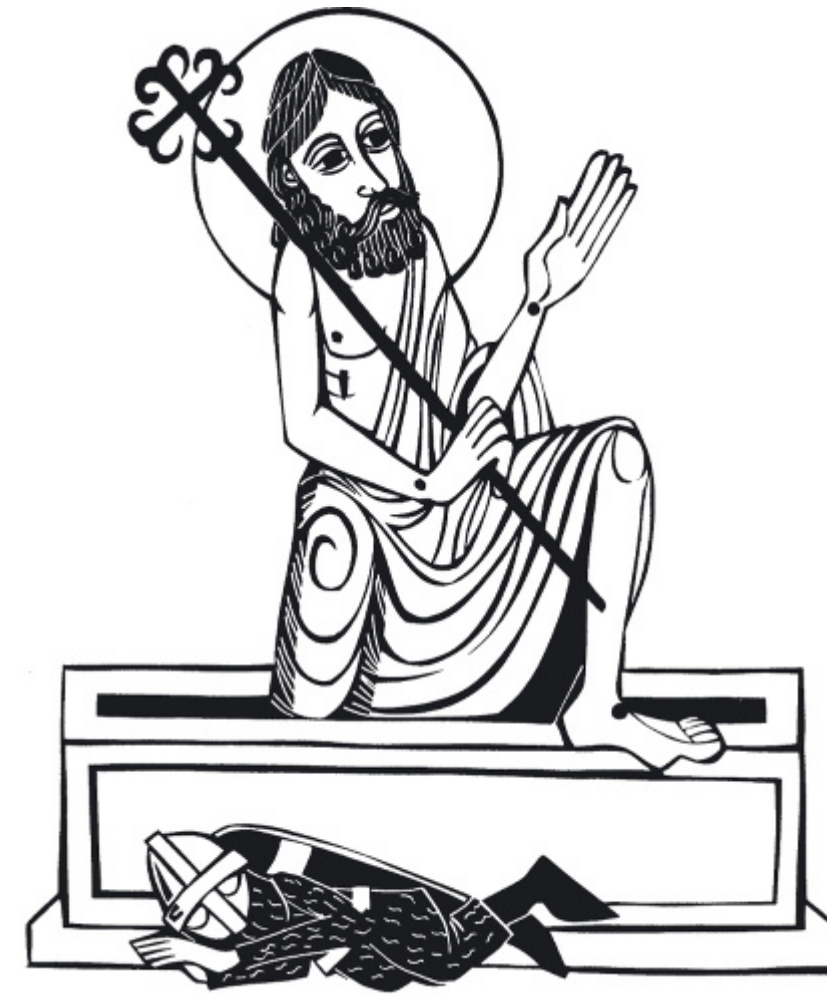
Por su parte, Rayn, el mediano, afirma que "ha cambiado mi vida" y asegura que está deseando hacer la comunión, "pues cuando la recibes estás permitiendo que Dios esté contigo. Dondequiera que vayas, Él estará contigo". Además, este pequeño se alegra de compartir esta experiencia en familia porque los ve a todos más unidos.



Hoja Dominical

Parroquias del Ssmo. Cristo de las Cadenas y Latores
www.cristodelascadenas.es · Tfno. 985 237 424
Pascua de Resurrección (C) · Oviedo, 21 de abril de 2019 · Nº 340





A veces se olvida que Pascua es, antes que nada, la fiesta de la confianza. Ahora sabemos en manos de quién estamos. Nuestra vida, creada por Dios con amor infinito, no se pierde en la muerte. Todos estamos englobados en el misterio de la resurrección de Cristo. No hay nadie que no esté incluido en ese destino último de vida plena.

La «confianza» es una palabra humilde, sencilla, natural, sin confianza no hay amor, no hay fe, no hay vida. Sin confianza «caminamos solos, aislados en una especie de "túnel" construido con nuestros problemas, nuestras preocupaciones y nuestras inquietudes».

En el fondo, todos nuestros miedos y angustias brotan de la angustia ante la muerte. Tenemos miedo al dolor, a la vejez, la desgracia, la incertidumbre, la soledad. Nos agarramos a todo lo que nos pueda dar algo de seguridad, consistencia o felicidad. Proyectamos sobre los otros nuestra angustia tratando de sobresalir y dominar, luchando por tener «algo» o ser «alguien».

La fiesta de Pascua nos invita a reemplazar la angustia de la muerte por la certeza de la resurrección. Si Cristo ha resucitado, la muerte no tiene la última palabra. Podemos esperar más allá de la muerte. Podemos avanzar sin caer en la tristeza de la vejez, sin hundirnos en la soledad y el pesimismo, sin agarrarnos al consumismo, a la droga, al erotismo y a tantas formas de olvido y evasión.

En el relato evangélico de esta semana no sólo se anuncia la gran noticia de que el crucificado ha sido resucitado por Dios. Se nos indica, además, el camino que hemos de recorrer para verlo y encontrarnos con él.

Evangelio

Juan 20,1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue a donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien quería Jesús, y le dijo: —Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro; vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos.

«¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado?». Es un error buscarlo en el mundo de los muertos. «No está aquí». Jesús no es un difunto más. No es el momento de llorarlo y rendirle homenajes. «Ha resucitado». Está vivo para siempre. Nunca podrá ser encontrado en el mundo de lo muerto, lo extinguido, lo acabado.

Cuando María Magdalena y sus compañeras contaron a los apóstoles el mensaje que habían escuchado en el sepulcro, ellos no las creyeron. Éste es también hoy nuestro riesgo: no escuchar a quienes siguen a un Jesús vivo.

"Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles y ¡hay muchos!. Por favor, no os dejéis robar la esperanza, esa que nos da Jesús". (Papa Francisco).

P. Fermín Rodríguez, SJ

¡Ha resucitado!

Por sí misma, la muerte de Cristo no testimonia la verdad de su causa, sino sólo el hecho de que Él creía en la verdad de ella. La muerte de Cristo es testimonio supremo de su caridad, pero no de su verdad. Ésta es testimoniada adecuadamente sólo por la resurrección. «La fe de los cristianos -dice San Agustín- es la resurrección de Cristo. No es gran cosa creer que Jesús ha muerto; esto lo creen también los paganos; todos lo creen. Lo verdaderamente grande es creer que ha resucitado».

Dejemos, de momento, la fe, para atenernos a la historia. Deseñaríamos buscar respuesta al interrogante: ¿podemos o no definir la resurrección de Cristo como un evento histórico, en el sentido común del término, esto es, «realmente ocurrido»?

Lo que se ofrece a la consideración del historiador y le permite hablar de la resurrección son dos hechos: primero, la imprevista e inexplicable fe de los discípulos, una fe tan tenaz como para resistir hasta la prueba del martirio; segundo, la explicación que, de tal fe, nos han dejado los interesados, esto es, los discípulos. En el momento decisivo, cuando Jesús fue prendido y ajusticiado, los discípulos no alimentaban esperanza alguna de una resurrección. Huyeron y dieron por acabado el caso de Jesús.

Entonces tuvo que intervenir algo que en poco tiempo no sólo provocó el cambio radical de su estado de ánimo, sino que les llevó también a una actividad del todo nueva y a la fundación de la Iglesia. Este «algo» es el núcleo histórico de la fe de Pascua.

El testimonio más antiguo de la resurrección es el de Pablo, y dice así: «Os he transmitido, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras; que se apareció a Pedro y luego a los Doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los que la mayor parte viven todavía, si bien algunos han muerto. Luego se apareció a Santiago, y más tarde a todos los apóstoles. Y después de todos se me apareció a mí, como si de un hijo nacido a destiempo se tratara» (1 Corintios 15, 3-8). La fecha en la que se escribieron estas palabras es el 56 o 57 d.C. El núcleo central del texto, sin embargo, está constituido por un credo anterior que San Pablo dice haber recibido él mismo de otros. Teniendo en cuenta que Pablo conoció tales fórmulas inmediatamente después de su conversión, podemos situarlas en torno al año 35 d.C., eso es, unos 5 o 6 años después de la muerte de Cristo. Testimonio, por lo tanto, de raro valor histórico.

Los relatos de los evangelistas se escribieron algunas décadas más tarde y reflejan una fase ulterior de la reflexión de la Iglesia. El núcleo central del testimonio, sin embargo, permanece intacto: el Señor ha resucitado y se ha aparecido vivo. Las apariciones, además, testimonian también la nueva dimensión del Resucitado, su modo de ser «según el Espíritu», que es nuevo y diferente respecto al modo de existir anterior, «según la carne». Él, por ejemplo, puede ser reconocido no por cualquiera que le vea, sino sólo por aquél a quien Él mismo se dé a conocer. Su corporeidad es diferente de la de antes. Está libre de las leyes físicas: entra y sale con las puertas cerradas; aparece y desaparece.



Una explicación diferente de la resurrección, aquella que presentó Rudolf Bultmann, todavía la proponen algunos, y es que se trató de visiones psicógenas, esto es, de fenómenos subjetivos del tipo de las alucinaciones. Pero esto, si fuera verdad, constituiría al final un milagro no inferior que el que se quiere evitar admitir. Supone de hecho que personas distintas, en situaciones y lugares diferentes, tuvieron todas la misma impresión o alucinación.

Los discípulos no pudieron engañarse: eran gente concreta, pescadores, lo contrario de personas dadas a las visiones. En un primer momento no creen; Jesús debe casi vencer su resistencia: «¡tardos de corazón en creer!». Tampoco pudieron querer engañar a los demás. Todos sus intereses se oponían a ello; habrían sido los primeros en sentirse engañados por Jesús. Si Él no hubiera resucitado, ¿para qué afrontar las persecuciones y la muerte por Él? ¿Qué provecho material podían sacar?

Negado el carácter histórico, esto es, el carácter objetivo y no sólo el subjetivo, de la resurrección, el nacimiento de la Iglesia y de la fe se convierte en un misterio más inexplicable que la resurrección misma.

¿Cuál es entonces el punto de llegada de la investigación histórica a propósito de la resurrección? Podemos percibirlo en las palabras de los discípulos de Emaús: algunos discípulos, la mañana de Pascua, fueron al sepulcro de Jesús y encontraron que las cosas estaban como habían referido las mujeres, quienes habían acudido antes que ellos, «pero a Él no le vieron». También la historia se acerca al sepulcro de Jesús y debe constatar que las cosas están como los testigos dijeron. Pero a Él, al resucitado, no lo ve. No basta constatar históricamente, es necesario ver al Resucitado, y esto no lo puede dar la historia, sino sólo la fe.

El ángel que se apareció a las mujeres, la mañana de Pascua, les dijo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?». Os confieso que al término de estas reflexiones siento este reproche como si se dirigiera también a mí. Como si el ángel me dijera: «¿Por qué te empeñas a buscar entre los muertos argumentos humanos de la historia, al que está vivo y actúa en la Iglesia y en el mundo? Ve mejor y di a tus hermanos que Él ha resucitado».

Si de mí dependiera, querría hacer sólo eso. Hace treinta años que dejé la enseñanza de la Historia de los Orígenes Cristianos para dedicarme al anuncio del Reino de Dios, pero en estos últimos tiempos, ante las negaciones radicales e infundadas de la verdad de los Evangelios, me he sentido obligado a volver a tomar las herramientas de trabajo. De aquí la decisión de emplear estos comentarios a los evangelios dominicales para contrarrestar una tendencia frecuentemente sugerida por intereses comerciales, y para dar a quien tal vez los lea la posibilidad de formarse una opinión sobre Jesús menos influenciada por el clamor publicitario.

Pascua Redentora

El Domingo de Resurrección, que se inicia en la Vigilia Pascual, es el día en que incluso la iglesia más pobre se reviste de sus mejores ornamentos, es la cima del año litúrgico. Es el aniversario del triunfo de Cristo. Es la feliz conclusión del drama de la Pasión y la alegría inmensa que sigue al dolor. Y un dolor y gozo que se funden pues se refieren en la historia al acontecimiento más importante de la humanidad: la redención y liberación del pecado de la humanidad por el Hijo de Dios.

Nos dice San Pablo: "Aquel que ha resucitado a Jesucristo devolverá asimismo la vida a nuestros cuerpos mortales". Cristo, al celebrar la Pascua judía en la Cena, dio a la conmemoración tradicional de la liberación del pueblo hebreo un sentido nuevo y mucho más amplio. No es a un pueblo, a una nación aislada a quien Él libera, sino al mundo entero, al que prepara para el Reino de los Cielos.



La pascua cristiana -llena de profunda simbología- celebra la protección que Cristo no ha cesado ni cesará de dispensar a la Iglesia hasta que Él abra las puertas de la Jerusalén celestial. La fiesta de Pascua es, ante todo la representación del acontecimiento clave de la humanidad, la Resurrección de Jesús después de su muerte consentida por Él para el rescate y la rehabilitación del hombre caído. Este acontecimiento es un hecho histórico innegable. Además de que todos los evangelistas lo han referido, San Pablo lo confirma como el historiador que se apoya, no solamente en pruebas, sino en testimonios.

Pascua es victoria, es el hombre llamado a su dignidad más grande. ¿Cómo no alegrarse por la victoria de Aquel que tan injustamente fue condenado a la pasión más terrible y a la muerte en la cruz?, ¿por la victoria de Aquel que anteriormente fue flagelado, abofeteado, ensuciado con salivazos, con tanta inhumana crueldad?

Este es el día de la esperanza universal, el día en que en torno al resucitado, se unen y se asocian todos los sufrimientos humanos, las desilusiones, las humillaciones, las cruces, la dignidad humana violada, la vida humana no respetada.

La Resurrección nos descubre nuestra vocación cristiana y nuestra misión: acercarla a todos los hombres. El hombre no puede perder jamás la esperanza en la victoria del bien sobre el mal. ¿Creo en la Resurrección? ¿la proclamo? ¿creo en mi vocación y misión cristiana? ¿la vivo? ¿creo en la resurrección futura? ¿me alienta en esta vida? son preguntas que cabe hacerse.

El mensaje redentor de la Pascua no es otra cosa que la purificación total del hombre, la liberación de sus egoísmos, de su sensualidad, de sus complejos; purificación que, aunque implica una fase de limpieza y saneamiento interior, sin embargo se realiza de manera positiva con dones de plenitud, como es la iluminación del Espíritu, la revitalización del ser por una vida nueva, que desborda gozo y paz -suma de todos los bienes mesiánicos-, en una palabra, la presencia del Señor resucitado.

San Pablo lo expresó con incontentible emoción: "Si habéis resucitado con Cristo vuestra vida, entonces os manifestaréis gloriosos con Él".

SABADO 4 DE MAYO

Fiesta Pascual del Arciprestazgo

El próximo sábado 4 de mayo, se celebrará la Fiesta Pascual del Arciprestazgo de Oviedo en el Seminario, comenzando a las 12:30 con la celebración de la Eucaristía, presidida por el Arzobispo.

Después comeremos juntos. Los vales para la comida, que cuesta 8 €, pueden recogerse en la Parroquia antes del día 28 de abril, ya que hay que saber de antemano el número de comensales para preparar la comida

El vale incluye ración de paella, pan, bebida y postre. Habrá además música en directo y un detalle para todos los participantes.



EN SERIO Y EN BROMA

Gómez Dávila

Si se trata meramente de organizar un paraíso terrenal, los curas sobran. El diablo basta.



Si confiamos en Dios, ni nuestro propio triunfo debe espantarnos.

Solo al contemplativo no se le muere el alma antes que el cuerpo.

La muerte de Dios es noticia dada por el diablo, que sabe bien que la noticia es falsa.

Senén Mollada

Las biografías son reconocimiento; las "memorias" vanidad...



El error es menos si se asume.

Somos lo que somos... y lo que fuimos..